

MAURICE WAHL - LISANORO 4105340
CANALES

937.040924
467292

MIRANDA

DOS PALABRAS.

Se leían ha poco en esta ciudad con natural y justa indignación, los injuriosos conceptos que algunos órganos de la prensa europea lanzaron contra mi Patria, hasta calificarla, en explosiones de mal contenida ira, como *Pais salvaje y sin tradiciones*.

Sin tradiciones!.....el Pueblo que con la histórica epopeya de su emancipación ha llenado volúmenes escritos con pluma de oro en páginas inmortales!

El pueblo que guarda con orgullo la historia de mil héroes que parecen mitos creados por la fantasía imaginativa de los poetas para cantar las excelencias del patriotismo!

Decid! qué entendeis vosotros, los de allende el Atlántico, por tradiciones?

Hay en en esta América libre un Pais grande y poderoso, que en más de una ocasión algunas inquietudes ha causado á otros de la vieja Europa. Las tradiciones de ese Pais, en sus grandes delineamientos históricos, las mismas nuestras són: su descubrimiento y conquista, su colonización, y más tarde su emancipación llevada á cabo en noble y gallarda lucha con la madre patria.

Acaso porque en la historia de ese coloso norteamericano, en cuyo cerebro bullen todas las energías del Progreso, no haya habido una Comuna, os atreveríais vosotros, los de la prensa agresiva, á calificarle también de Pueblo sin tradiciones ?

No ; no osaríais tal, porque para ese Pais tenéis los europeos *motivos particulares* de consideración y de respeto : motivos que muy desgraciadamente, ningún honor hacen al espíritu de justicia y á la hidalguía de vuestro caracter nacional.

Sellad, pues, vuestro labio airado, bajad el tono olímpico de vuestras condenaciones, é inspirándoos en otro más amplio y liberal criterio, sed más justos, sed más serenos en vuestras apreciaciones americanistas.

Eso cuadraría mejor á los que también sois más fuertes y más sabios, y se compadecería justamente con el augusto ministerio en cuyo nombre habláis.

Pero decía.....cuando aquí leíamos aquella tempestad de impropiedades ultramarinas, vino igualmente á nuestras manos el trascendental artículo titulado "El General Miranda" publicado en Paris en la "Vie Contemporaine," suscripto por Maurice Wahl, y traducido por un patriota colombiano para engalanar con él las columnas de "El Correo Nacional" de Bogotá.

Si se observa, que tan notable estudio sobre la simpática y caballerezca figura de Miranda apareció en pleno cerebro de la Francia cuando allí más se nos insultaba ; que fué acogido en periódico de tan alta autoridad como la "Vie Contemporaine," redactado por el insigne hombre de Estado y gran filósofo

francés Jules Simón, y que está suscripto, en fin, por pluma tan respetable y seria como revela ser la de Maurice Wahl, cabe preguntar:

La opinión agresiva de los diaristas europeos será la expresión misma de los pueblos en cuyo nombre se pretende hablar?

Lo dudo, digo mal, lo niego!

Si así fuera, el Pueblo francés, noble por temperamento, y entusiasta perenne de las ideas generosas; el Pueblo francés que ha sabido siempre meter hombro vigoroso á todo el que, por propios merecimientos brilla con luces de inmortal, para exponerlo así á la contemplación edificante de las multitudes, ó volver sus cóleras terribles contra el raquítrico y menguado; ese Pueblo, afirmo, habría borrado ya de su glorioso Arco de Triunfo el nombre del *salvaje* Miranda, hijo de estos *Países sin tradiciones*, y Maurice Wahl, su apologista, apedreado habría sido, como impostor, por sus mismos compatriotas!

Pero nó: la Historia no se falsifica impunemente, y por encima del oleaje enbravecido de las pasiones humanas, flotan siempre incólumes la Verdad y la Justicia. Eso ha sucedido ahora y sucederá siempre, porque la Justicia y la Verdad, como Dios, eternas é incommovibles són.

Cierto que fuimos pueblos en estado de naturaleza antes de la conquista, como lo fueron los europeos antes de pasar sobre ellos la lima de muchas civilizaciones; pero luégo, alcanzada nuestra soberanía, merced á una titánica lucha, cuya historia cuenta páginas que pudieran ser gemelas de las más gloriosas de la vida militar del primer Napoleón, y vueltos

á la vida sosegada del trabajo, hemos dirigido de entonces nuestro empeño á alcanzar puésto honroso en el estrado de los pueblos cultos.

Que no hemos logrado aún coronar la cima donde alumbra el fanal de la moderna civilización, cierto es también.

Pero qué! hay algún pueblo de la tierra que haya logrado esto á saltos y sin terribles conmociones internas?

Jamás!

Los de la raza latino-americana, atravesamos hoy, como atravesaron otros antes, un natural período de gestación; correinos un proceso de transformaciones sociológicas inevitables. Esa la eterna ley del progreso humano. Olvidar esto, sería desconocer lastimosamente las enseñanzas impremitibles de la Historia.

Por lo demás, y en confirmación de estos desarrollos, allí está la sociología americana abierta al estudio de los espíritus reflexivos: ella enseña y prueba que la América latina, desde el Golfo de Méjico hasta el Plata, marcha continuadamente á la anhelada meta de su perfeccionamiento político-social.

Hasta aquí nuestra justificación hecha muy someramente á la luz de la Filosofía de la Historia.

Pero volviendo á las preteaciones europeas asomadas en su prensa, discurrimos: por qué ha de gozar el extranjero que viene á nuestras *salvajes* tierras, de mayor caudal de garantías que el que podemos procurarnos nosotros mismos?

En virtud de qué ley de justicia internacional, ellos, que medran á nuestra sombra, comen el pan

de nuestra mesa, y monopolizan las más grandes empresas comerciales é industriales de estos países, en virtud de qué !y digo, pretenden estar por encima de nuestras dolorosas é inevitables conmociones políticas, gozar de absoluta inmunidad, logrando así una escepcional ventajosa situación que no logrará para sí ningun hijo de estas repúblicas latino-americanas ?

Pues bien! desgraciadamente estas pretenciones se realizan en la práctica.

Nada más cómodo ni codiciable que la carta de extranjero para vivir vida tranquila en estas comarcas americanas.

Colocados los extranjeros en condiciones superiores á las nuestras, ellos son generalmente respetados en sus intereses y vida; y cuando escepcionalmente, en el ardor de la lucha, alguien pone mano audaz en el acervo de su tesoro, el espantajo de la *Reclamación diplomática* aparece luégo terrible, airado, pidiendo perentoriamente, en nombre del más fuerte, mil por uno de lo que se tomó.

Esta es la historia sencillamente: se paga hasta lo que no se debe; pero como eso no bastara á la hidalguia europea, en cambio de nuestros dineros, se nos insulta y calumnia!

Sarcasmos de la justicia europea!

Refinamientos de su civilización!.....

Mas, insensiblemente me he alejado del objeto de estas lineas.

La contestación á los injuriosos conceptos de la prensa europea contra la América latina, y en especial contra Venezuela, está ya dada por ilustra-

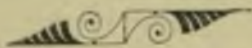
dos escritores; y sería temeridad de mi parte, pretender decir lo que otros ya han dicho en estilo correcto y con notoria autoridad.

Sólo quise decir, que siendo el artículo de Maurice Wahl una nota simpática para mi patria, puesto que en él se le hace cumplida justicia á uno de nuestros grandes hombres, levanté una suscripción para reproducirlo en este folleto, destinando el producto de su venta, como prueba de gratitud al noble escritor francés, al fomento del Hospital de Caridad de esta ciudad.

Los rubienses han logrado honra también, al atender gustosos la excitación que me permití hacerles en las columnas de "El Tiempo".

LISANDRO ACOSTA CANALES.

Rubio: Agosto de 1895.



EL GENERAL MIRANDA

Miranda es célebre en la América latina, y con razón: fue precursor y mártir de la Independencia, jefe y maestro de Bolívar; sus descalabros y sus desgracias hicieron posible el triunfo del Libertador. Entre nosotros es menos conocido, aun que por más de un título también nos pertenece: figuró en nuestra Revolución algo más que como simple espectador; su nombre está escrito en el arco de triunfo de la Estrella, entre los de los generales que sirvieron bien á Francia; de la caudalosa corriente liberal y humanitaria de nuestro siglo XVIII sacó las convicciones generosas á que consagró su vida. Aun cuando no hubiera tomado parte en algunos de los grandes acontecimientos con que principia la época contemporánea, su altiva figura sería siempre de las que merecen atención. Ninguna época es rica en hombres de esta clase; las realidades de la historia no son menos crueles que las del tiempo presente; para descansar de las unas lo mismo que de las otras, necesitamos aspirar á las veces una ráfaga de aire puro; y evocar la immaculada memoria de los héroes. Ese americano de Caracas, que vino sumamente joven á Europa, trajo una curiosidad de espíritu, un ardor intelectual extraordinario, auxiliado por una fuerza de voluntad no común. Capitán en el ejército español, pide licencia para ir á Francia á completar sus estudios, y se la niegan; la Inquisición le quema sus libros. Insiste, no obstante, se ingenia, y halla modo de adquirir otros libros, de hacerse á maestros, de aprender con perfección matemáticas, historia militar, lenguas antiguas y modernas, leer en el original los grandes escritores de su tiempo, y adquirir una sólida

instrucción, general y técnica. Como le gusta su profesión, busca las ocasiones de hacer campaña, toma parte en la expedición de O'Reilly contra Argel, en la defensa de Melilla, y cuando la guerra de independencia de las colonias que después fueron los Estados Unidos, obtiene, no sin trabajo, que se le dé puesto en el ejército auxiliar que España envió bajo las órdenes de Rochambeau.

Según todas las apariencias, no tenía, al partir, más deseo que ver una guerra de grandes proporciones; pero vió otra cosa: vió hombres que combatían por una idea, ciudadanos que se habían convertido en soldados para defender sus derechos, voluntarios que habían atravesado el Océano para servir á una causa justa. Vivió en unión íntima con aquellos insurrectos cuyas vehementes virtudes parecían realizar el tipo ideal soñado por Rousseau, con aquellos nobles que unían á la embriaguez del entusiasmo todo el brillo de las maneras elegantes y todas las gracias exquisitas del ingenio francés. La impresión en aquella alma grave y profunda fue viva, y decidió de todo el resto de su existencia. Si la causa de los americanos del Norte era justa, ¿cuánto más no lo sería la de los americanos del Sur, oprimidos por la dominación más tiránica, desdeñosa hasta no más de los derechos naturales y de los intereses legítimos? Si la escasa población encerrada entre los Alleghanys y el Atlántico había podido desafiar con buen éxito la escuadra, los ejércitos y los cuantiosos recursos de Inglaterra, ¿cómo admitir que España, en decadencia, supeditase un continente entero, una insurrección que se extendería desde el golfo de México hasta el estrecho de Magallanes? Ese gran designio, bosquejado al principio con vaguedad, se precisa en la soledad de la reflexión, se perfecciona al calor de las conversaciones entusiastas. Al concluirse la guerra, su partido está tomado. Con la hermosa audacia de aquellos tiempos heroicos, este joven de veintinueve años se ha impuesto la empresa de preparar la emancipación de un mundo, de formar una colosal revolución, llevarla á término, derruir un imperio secular y crear un pueblo libre.

No regresa á España, sino que comienza una larga peregrinación al través del antiguo continente. A Inglaterra, Prusia, Austria, Italia, Grecia, Egipto, Asia menor, Turquía, Rusia, á los países Escandinavos, á todas partes lleva, no la curiosidad desinteresada del *dilettante*, ni la observación tranquila del filósofo, sino la atención ardiente, reconcentrada, tenaz, del hombre dominado por una idea exclusiva. A ella lo refiere todo, todo lo subordina á ella. Si va á ver maniobrar en Postdam los regimientos de Federico, y en Tauride los soldados de Catarina, es con el fin de adquirir aptitudes para mandar el ejército sud-americano; cuando estudia en el terreno, en los recuerdos de lo pasado ó en las instituciones presentes, el mecanismo de los gobiernos libres, está preparando los materiales para la constitución colombiana futura. Las amistades ilustres que se esfuerza en adquirir, la sociedad de los príncipes, de los ministros, de los hombres de Estado, no son para él vanagloria ni ambición. Con ellas gana enseñanzas útiles, y para el porvenir de su causa simpatías, quizás alianzas.

Potenkin lo encuentra en Tauride y lo presenta á Catarina, á quien no desagrada ver un ente tan paradójal como lo es un español que viaja para instruírse. Ella tenía un multiforme conocimiento de los hombres. Le propuso que entrara á su servicio, pero él se excusó, dando por razón de su negativa el grandioso proyecto á que había consagrado su existencia. La Zarina, aunque mujer de mucho positivismo en la práctica, no desdeñaba á los idealistas; antes bien, le gustaba halagarlos para servirse de ellos al llegar la ocasión. Después de todo, el proyecto no era tan quimérico: lo que se había hecho en la América del Norte podría muy bien hacerse en el Sur. Es prudente contar con amigos en todos lugares, hasta en América. Por otra parte, ella era muy competente para estimar el valor de un bello carácter, lo mismo que el de una obra bella. En la manera como recibió á Miranda, hubo quizás algo más que la trivialidad de una benevolencia exclusivamente política. Hizo escribir á sus embajadores

acreditados ante las otras cortes, para recomendarles no solo que dieran buena acogida á Miranda, que le dispensasen todos los cuidados y atenciones posibles, sino que le concediesen protección y ayuda, “que le diesen, llegado el caso, su casa misma por asilo.”

Ella sabía que estaba amenazado: el gobierno español empezaba á alarmarse con las idas y venidas del oficial venezolano, y no le hubiera disgustado poner la mano sobre aquel viajero sospechoso, para encerrarlo entre los muros de una sólida fortaleza. A principios de 1788 el Coronel americano Smiht, amigo y compañero de viaje de Miranda, se sorprendió mucho de verse, al llegar á Paris, objeto de la vigilancia de la policía. En una visita que hizo á Lafayette, le dijo esté apenas lo vió: “Espero, por Dios, que Miranda no esté con usted!” Entre naciones amigas como lo eran entonces Francia y España, la extradición de un individuo considerado peligroso por su gobierno, era incidente de poca monta.

Miranda, prevenido, se mantuvo cuidadosamente fuera del alcance; no vino á Francia sino en 1791, cuando la policía tenía otras muchas cosas á que atender: apenas si pasó por aquí, pues se dirigía precipitadamente á Londres. Acababa de surgir un grave conflicto entre Inglaterra y España, á propósito del estrecho de Nootka, y la guerra entre ambas parecía inminente. Presentado á Pitt, Miranda le expuso sus planes, y pudo un momento halagar la esperanza de verlos aceptados. Se discutieron los pormenores de la ejecución, y para ponerlos por obra se hizo venir de Italia á los jesuitas americanos, arrojados de los dominios españoles cuando la expulsión de la orden. Uno de ellos Viscardo y Guzmán, redactó un manifiesto elocuente en nombre de los patriotas sud-americanos; pero el asunto de Nootka se arregló pacíficamente, y aun cuando Pitt aseguró á Miranda que sus proyectos no quedaban más que diferidos, el segundo, contrariado, salió de Inglaterra para Francia.

Esperaba ser aquí más dichoso: este país, que tanto había hecho por la América inglesa, no se negaría quizás á

prestar auxilio á la América Española; además la Revolución lo atraía, como á otros muchos, procedentes de todos los confines del horizonte. Se podría hacer un estudio curioso acerca de los extranjeros en la revolución francesa: á partir de 1789 se les ve en todas partes hasta en el momento en que, en la gran crisis del Terror, se les trata á casi todos como agentes de Pitt y Cobourg: el belga La Mark, el sueco Fersen, el ginebrino Mallet du Pan, son los consejeros á quienes el rey y la reina escuchan; en el extremo opuesto, entre los jacobinos, se agitan los Clout, Prolly, Guzmán, Lazowski, Clavière, de Ginebra, es Ministro de Hacienda, como lo había sido su compatriota Necker; Lebrun, Tondu, de Lieja, será más tarde Ministro de Negocios Extranjeros. Los políticos profundos proyectan la organización de un protectorado cuyo jefe había de ser Fernando de Brunswick, príncipe alemán y General prusiano; hay de todo en ese personal cosmopolita: sagaces, maniáticos, necios, iluminados, hombres de talento, caballeros de industria, espías, entusiastas y paladines.

Michelet llama á Miranda "un noble D. Quijote de la Revolución;" el término quizás no es enteramente justo: Miranda no se precipitó espada en mano á mezclarse en la contienda, sino que vino, en parte como curioso, á observar, con la segunda intención, muy legítima, de sacar partido de la Revolución Francesa en favor de su querida América. Pero no permaneció mucho tiempo simple espectador: fue cogido, arrastrado, lanzado como á pesar suyo en plena acción. Había vuelto á encontrar en París á algunos de sus compañeros de América, que se habían encargado de presentarlo en las reuniones de patriotas; se relacionó con Petión, Brissot, cuya sencillez americana le agradaba; con Dumouriez, que apreciaba su ciencia militar y sus conocimientos políticos. Después del 10 de Agosto, como hubiese escasés de oficiales competentes, el Ministro de la Guerra, Servan, le propuso que se incorporase en el ejército francés; Miranda había sido coronel en España, y lo nombraron mariscal de campo. Dió pruebas de intrepidez y sangre fría en la campaña de Argona,

sobre todo en el momento crítico de la retirada á Santa Menchould; Dumouriez lo exaltaba hasta las nubes; lo ascendieron á teniente general, y con ese grado tomó parte, durante los últimos meses de 1792, en la conquista de Bélgica; al mismo tiempo trabajó para obtener de los Estados Unidos el Reconocimiento de la República Francesa.

Los Girondinos deseaban atraérselo; parecía como indicado para llevar bien lejos la guerra propagandista, la conflagración de la cruzada democrática. En Noviembre de 1792 Brissot propone que lo nombren gobernador de Santo Domingo, con la esperanza de que apacigüe "las miserables querellas de las colonias," y para que vaya después á "naturalizar la libertad" en la España americana. Con ese objeto se debían poner á sus órdenes las tropas de línea que ocupaban las Antillas francesas, de diez á quince mil "valientes mulatos," una escuadra, y por otra parte su solo nombre "valdría por un ejército." La ardiente imaginación del girondino se inflama; contempla con lástima las estrechas concepciones de la política de otra época: "¿qué fueron Alberoni, Richelieu, á quienes se ha encomiado tanto; qué fueron sus proyectos mezquinos, comparados á estos levantamientos del globo, á estas grandes revoluciones que nosotros estamos llamados á realizar?" Miranda no se deslumbra tanto; se manifiesta dispuesto á obedecer, pero objeta que si conoce bien la América española, no conoce absolutamente el estado de las Antillas francesas; que quiere estar seguro, antes de acometer nada, de encontrar allí una base sólida de operaciones; que su partida dará infaliblemente la voz de alarma á España é Inglaterra, quienes se pondrán en guardia, y, en fin, que "la empresa es demasiado grande, hermosa é interesante para echarla á perder ó hacerla fracasar por falta de previsión desde el comienzo." A Dumouriez, por su parte, parece no gustarle mucho la perspectiva de una agresión contra España. ¿No tenían ya bastantes enemigos? Durante su permanencia en París, en Enero de 1793, obtuvo que el proyecto se difiriera provisionalmente, y que antes de atacar en América se ocuparan en defender-

se en Europa. Además, el Concejo Ejecutivo adoptaba ya otro plan de guerra colonial: ya no se trataba de quitar la América á los españoles sino la India á los ingleses.

Durante la expedición de Holanda, Miranda tuvo el mando del ejército llamado del Norte, el que, ayudando á defender á Bélgica contra un nuevo ataque de los austriacos, debía tomar á Maëstricht y marchar en seguida á Nimega para auxiliar á Dumouriez. Pero los austriacos forzaron en Aix-la-Chapelle la línea de Roër, obligaron á Miranda á levantar el sitio de Maëstricht, luego abandonar á Lieja y á replegarse con sus compañeros sobre Louvain. Fue allí donde Dumouriez, de vuelta de Holanda, encontró los ejércitos de Bélgica. En Neerwinden, Miranda dirigió el ala izquierda que, atacando en un terreno lleno de dificultades, fue muy maltratada; él la llevó hasta Firlémont, detrás de la línea de batalla. Su retirada decidió la del resto del ejército.

Dumouriez lo hace responsable de la derrota. Semanas antes lo llamaba “su digno segundo... su amigo, su hermano,” pero después del regreso de Holanda, como ya pensaba rebelarse contra la Convención, había tratado de sondearlo: “¿Qué haría usted si recibiera orden de prenderme?—Obedecería como fiel servidor; pero no sería á mi á quien se daría esa orden, puesto que el General Valence es más antiguo que yo.” En otra ocasión, en la mesa: “Será preciso que terminemos por ir á Paris á establecer la libertad.—¿Cómo?—Con el Ejército.—¿Y para qué?—Para restablecer la libertad.—Creo peor el remedio que el mal, y lo impediré si puedo.—¿Entonces usted combatirá contra mí?—Eso puede suceder, si usted combate contra la República.—Muy bien, usted será Labieno.—Labieno ó Catón, siempre me encontrará usted del lado de la República.” Estas firmes respuestas habían producido un enfriamiento. Dumouriez, que estaba ya en tratos con el enemigo, no solicitó quizá de los representantes comisionados la orden que llamaba á Miranda á la barra de la Convención; en todo caso la ejecutó con prontitud, muy contento de librarse de aquel importuno.

Sin entrar en el debate retrospectivo que se ha levantado más tarde entre los dos Generales, es preciso reconocer que Miranda, valiente, abnegado, instruido, metódico, no mostró en aquella campaña las cualidades de un militar de primer orden. Su divisa favorita, *arte non casu*, era de un oficial que tenía más teorías que experiencia, más conocimientos de los libros que de los hombres, que no comprendía la guerra sino según las reglas, y á quien el atrevimiento aventurado, los rasgos de audacia de Dumouriez desconcertaban completamente. Sus compañeros lo acusaban de aspereza, de pedantería; no se hacía querer de los soldados; le faltaban ese impetu, esa locuacidad militar que es un dón francés, necesario para ganarse á los franceses. La virtud no es siempre amable ni popular. En un tiempo de general desconfianza, muchos lo tenían por sospechoso, porque era extranjero; tuvieron la crueldad de llamarlo "General sin patria."

Miranda no fue oído por la Convención; solamente fue interrogado por la Comisión militar, que no le hizo menos de sesenta y tres preguntas, y un decreto lo envió ante el tribunal revolucionario. Compareció en Mayo de 1793, entre la traición de Dumouriez y la caída de los Girondinos, mal momento para el lugar-teniente de Dumouriez y para el amigo de los Girondinos. Miranda se defendió con su acostumbrada energía; discutió uno por uno los testimonios que aducía la acusación, presentó testigos en contra de los cargos escritos, se cubrió con los respetados nombres de Payne, Priestley, Sheridan. Chauveau-Lagarde, que lo defendía, contó su vida, justificó su conducta ante Maëstricht y en Neerwinden, y no le costó trabajo probar que no era cómplice de Dumouriez. El asunto ocupó once sesiones; el público lo había seguido con apasionado interés, y cuando, por declaración unánime del jurado, el presidente Montané pronunció la absolución, resonaron aplausos.

Miranda no disfrutó mucho tiempo su libertad. Aunque no quiso asociarse al movimiento federalista fué preso durante la época del Terror por la Comisión de seguridad general, como sospechoso, á causa de denuncios y persecuciones. En la Fuerza, á donde lo condujeron, encontró

algunos de sus antiguos amigos; allí conoció al lionés Champagneux antiguo secretario de Roland y futuro editor de las obras de madama Roland; á Aquiles del Chastellet, soldado como él, erudito y entusiasta, que había sido de los primeros después de Varennes en pedir la República, y á quien la República arrojaba á una prisión, todavía ensangrentado con las heridas recibidas por ella; “vino, cuenta Champagneux, á darnos lecciones de republicanismo entre cadenas”; terminó como estoico que era; cuando sus sufrimientos fueron intolerables y se creyó una carga para sus compañeros de cautividad, tomó veneno. Entre los crímenes del Terror hay muchos igualmente repugnantes, pero pocos tan estúpidos. Chastellet había tomado apego á Miranda, y le dejó los pocos muebles y libros que había podido hacerse llevar á la Fuerza.

Aun después de Termidor, costó trabajo á Miranda obtener su libertad. No fué mejor tratado por el Directorio que por la Convención, ni por el Consulado que por el Directorio. Este quiso expulsarlo y ordenó que fuera llevado de brigada en brigada hasta la frontera; en Fructidor quedó comprendido en los decretos de deportación, y no escapó á la proscripción sino con la fuga. Habiendo vuelto después del 18 Brumario, el primer Cónsul lo dejó fuera de la reorganización del ejército. Lo detuvieron una vez más después del incidente de la máquina infernal, y fué necesaria la intervención de Lanjuinais para sacarlo de las garras de Fouché.

Se sorprende uno de esas persecuciones dirigidas por gobiernos republicanos contra un republicano; era que no entendían de un mismo modo la república. Había algo más. En la Fuerza, en las largas conversaciones de la cautividad, Miranda no disimulaba su admiración por la constitución inglesa, el espíritu inglés, la marina inglesa: “Yo estaba seguro, cuenta Champagneux, de hacer nuestras conversaciones muy animadas y hasta de exitar su cólera, cuando, al discutir sobre las dos naciones sostenía yo que la preeminencia correspondía á los franceses.” Criticaba á nuestros generales “que ganaban batallas y tomaban ciu-

dades separándose de las reglas....” En 1795, en un escrito titulado *Opinión del General Miranda acerca del estado actual de Francia*, expone su parecer sobre el gobierno interior y la política exterior. Quiere que Francia se encierre en sus límites de 1792, contentándose con algunas rectificaciones de frontera, porque: “la gloria de las conquistas no es digna de una República fundada en el respeto debido á los derechos del hombre y á las sublimes máximas de la filosofía.” Cuando se acababa de conquistar el Rhin, á Bélgica y Holanda, en la embriaguez de la victoria, tal lenguaje disonaba mucho. Miraron mal á aquel espíritu descontentadizo, consejero importuno y amigo de los ingleses. Pensaba y hablaba como en 92, y se admiraba de no ser ya comprendido; él no había cambiado, pero Francia sí. El sentimiento nacional exitado por las dificultades de la lucha, exaltado por el buen éxito, se había hecho exclusivo, celoso, irritable, intolerante; á lo que se agrega que, por el mismo tiempo, Miranda había vuelto á abrazar su proyecto de revolución americana, recibía en Paris delegados mexicanos é iba á Londres á solicitar el apoyo del gobierno inglés. No se necesitaba tanto para «porter de l'hommage,» como decía el director Le Tourneur de la Manche.

Miranda no vió sino la injusticia, la ingratitud, y conservó una amargura que se encuentra después en todos sus juicios sobre Francia. Renunció á la patria de adopción que lo rechazaba, para no pensar sino en América. No tenía nada que esperar de Francia que se había aliado á España; fundó todas sus esperanzas en el apoyo de Inglaterra, y se preparaba así crueles decepciones.

En 1797 fué su primer proyecto dirigido de acuerdo con los delegados mexicanos. Acudirían á Inglaterra y á los Estados Unidos; Inglaterra facilitaría una escuadra, los Estados Unidos diez mil soldados. Como precio de su intervención, los Estados Unidos obtendrían á Florida y Luisiana hasta el Mississipi; Inglaterra ganaría treinta millones de libras esterlinas, ventajosos tratados de comercio, la apertura de canales marítimos en Nicaragua y

el Istmo de Panamá, la creación en Lima y en México de sucursales del Banco de Inglaterra, que le suministrarían, según sus necesidades, metales preciosos. Una alianza ofensiva y defensiva se formaría entre Inglaterra, Los Estados Unidos y las colonias emancipadas, alianza indisoluble "si se tiene cuidado de consolidarla por la analogía de la forma política de los tres gobiernos, es decir por el goce de una libertad civil prudentemente comprendida; hasta se podría decir que es la única esperanza que queda á la libertad audazmente ultrajada por las máximas detestables de la República francesa." Al Ministro inglés no le desagradaba el plán, pero eso era en el fondo lo que pensaba Miranda.

El gobierno inglés pareció decidido. «Todo se allana, escribe Miranda á su amigo el americano Harrison... Y no se aguarda sino el *fiat* del ilustre Presidente para movernos como el relámpago.» Se aguardó mucho tiempo. El presidente John Adams tenía que luchar con la repugnancia que inspiraba á sus conciudadanos la idea de una guerra que no fuera defensiva, sobre todo de una guerra emprendida con la alianza y para el mayor provecho de Inglaterra. Además, los ingleses, en el momento en que estallaba la segunda coalición necesitaban todas sus fuerzas en Europa.

En 1801, las negociaciones se reanudan con el Ministerio Addington, pero casi al momento se firman en Londres los preliminares, y la paz después en Amiens. La paz se rompe con Francia en 1803, con España en 1804; Miranda vuelve á la carga con Pitt, de nuevo en poder. Pitt lo acoge como siempre, muy bien; encarga á lord Melvillé y á sir Home Popham que convengan con él el plan de operaciones militares. Pero, también esta vez se limitan á planes y promesas. Miranda pierde la paciencia. Los refugiados de las provincias de Santa Fe y de Caracas, establecidos en la Trinidad y los Estados Unidos, lo llaman; parte. En los Estados Unidos, á falta del apoyo declarado del Gobierno, encuentra calurosas simpatías, un poco de dinero, algunos voluntarios; el almirante inglés

Cochrane lo sostiene lo mejor que puede. Desembarca en Vela de Coro, en la costa de Venezuela, lanza proclamas, llama á las armas, invita á unírsele á «los buenos é inocentes indígenas, á los valientes mulatos y á las gentes de color libres. . . . El objeto de la expedición es la independencia de todo el continente colombiano, en beneficio de sus habitantes, de todos sus habitantes de raza humana.» Pero las autoridades españolas habían fusilado á algunos de sus compañeros caídos en su poder, su propia cabeza había sido puesta á precio, el terror paralizaba á los criollos, que no se movían.

Miranda se ve obligado á volver á embarcarse, llega á Trinidad y después á Inglaterra.

Sobreviene la guerra de España. El gobierno inglés piensa enviar á Miranda á la península, pero él se niega noblemente: «He servido en el ejército francés, responde, y aunque Napoleón haya sido injusto conmigo, nunca sacaré mi espada contra mis antiguos compañeros de armas.» Conocemos franceses de nacimiento, y no de los más insignificantes, que no tuvieron esos escrúpulos. Sin embargo, parte de la América española se oponía al reconocimiento de José Bonaparte; se organizaban juntas rebeldes en nombre de Fernando VII, la guerra civil estalló en las provincias del Plata. Es probable que el gabinete inglés tuviera entónces la tentación de escoger del mal el menos, y dejando á España á José, apoderarse de las colonias americanas. El ejército de Wellington, que hizo en fin de cuentas la campaña de Portugal, estaba al principio destinado á América. Es evidente que se habría presentado en nombre de Fernando, ¿pero no habían tomado de este modo á Gibraltar en nombre del archiduque Carlos un siglo antes? Sea como fuere, si el bocado era muy grande, podían presentarse muchas convinaciones ventajosas, entre las cuales no habría sino la dificultad de la elección. Miranda, era una de las mejores piezas en la partida que debía jugarse; nadie mejor que él podía inspirar confianza á los hispano-americanos. Lo hicieron ir á Cork, en donde estaba el cuartel general, para conferenciar con Wellington.

Arreglaron de común acuerdo el plán de las operaciones militares; luégo, animándose Miranda, se puso á exponer sus miras políticas, á hablar de independendia, de libertad republicana; este lenguaje no debió de sorprender á los ministros ingleses, que lo habían oído varias veces sin preocuparse por ello. Pero Wellington no había sido ministro; se levantó, y golpeando el puño de su espada: «No, jamás, exclamó, jamás la sacaré por la causa de la libertad.»

No es probable que Wellington y Miranda hubieran llegado á entenderse, pero el asunto quedó ahí. Bailén había hecho comprender que todavía se podía disputar la Peninsula á Napoleón: dirigieron el ejército reunido á Cork. Pero había siempre una España, y el gobierno inglés, que se decía su aliado, no podía ni tomarle sus colonias ni alentar publicamente su rebelión. Sin embargo, dejó á Miranda lanzar manifiestos, llamamientos á la insurrección, los que lord Cochrane, que comandaba siempre en las Antillas, se encargaba de hacer llegar á su destino.

Como el ministro español en Londres, Apodaca, se quejaba y conseguía pruebas en apoyo de sus quejas, Conning, con flema imperturbable, respondía que los hechos señalados eran ya viejos. «Que estaba seguro de que la conducta presente del Gral. Miranda era de tal naturaleza, que no inspiraría la menor inquietud, la menor duda al almirante Apodaca.» Esta conducta dejaba que desear bajo el punto de vista de la corrección y la franqueza; el gobierno inglés se mantuvo, sin embargo, en ella. Continuó, aunque protestando amistad hacia España, ayudando por debajo de cuerda á la revoucción americana, hasta el día en que, con gran escándalo de las monarquías de Europa, reconoció la independendia de las colonias insurrectas. Sería candidez ver en esta política el efecto de un cariño sentimental, algo como el apostolado democrático soñado tántas veces por almas francesas; pero también sería injusto no descubrir en ella sino puro maquiavelismo. Aunque no se jactase de desinterés, muy distante estaba

de ello, las consideraciones en que se inspiraba no tenían nada de mezquino ni de bajo. Las encontramos expuestas ampliamente en un artículo publicado en Enero de 1890 en la *Revista d' Edimburgo*, y que debió de causar sensación en el público inglés.

El autor anónimo recuerda primeramente el estado de Europa, el bloqueo continental, el poder del “déspota de Francia,” que priva á los ingleses de todos los beneficios que les proporcionaba en otro tiempo el comercio marítimo. Es necesario buscar compensaciones. Las encontrarán en la América del Sur. Ya los Estados Unidos proporcionan á la Gran Bretaña mayores provechos comerciales que en tiempos en que eran colonias inglesas; hace ya muchos años que importan más productos británicos que la Europa entera. Y la América española es más vasta, más fértil, está más poblada que los Estados Unidos; se encuentran allí en mayor abundancia los productos naturales que solicita el comercio europeo. Está dotada de una magnífica red de ríos que se encargan de llevar á bajo precio hasta el Océano los productos del interior. Sin duda, el estado moral, las costumbres intelectuales de sus habitantes la colocan muy por debajo de los Estados Unidos; un mal gobierno ha ahogado toda industria, mantenido los espíritus en la ignorancia, pero suprimida la causa, los efectos desaparecerán. Teniendo que hablar del valor de ese inmenso país, hay que decir que no es dudoso que durante muchas generaciones sus habitantes no se consagrarán sino á la agricultura, y estará tanto en su interés como en su deseo introducir todos los objetos manufacturados que su riqueza los pone en posibilidad de consumir. El país á que vendrá la mayor parte de este enorme pedido, siempre en aumento, será sin duda la Gran Bretaña. Posesora del mercado de las dos Américas, Inglaterra podría en adelante desafiar todos los malos deseos de Bonaparte.

En fin, la emancipación de la América del Norte hará posible la apertura de una vía navegable entre los dos Océanos. El trazado en el Istmo de Panamá, sea por el

río Chagres hasta Cruces, sea por el río Trinidad hasta Embarcadero, es no sólo practicable, sino fácil. Además, un poco al norte tenemos el gran lago de Nicaragua que se extiende casi de un mar á otro. Una vez abierta esa puerta, no será solamente el comercio de la América occidental, de un polo á otro, lo que pasará por allí, no será solamente nuestro comercio, el comercio inglés en el mar del Sur, el que evitará el cansado y temible trayecto del cabo de Hornos, sino que los inmensos intereses que poseemos en Asia aumentarán de valor de un modo inapreciable si tenemos una vía directa al Pacífico. Será como si un cataclismo del globo nos acerca nuestras posesiones occidentales. Gracias á la regularidad de los vientos alisios, los viajes en el Pacífico serán tan rápidos y tan seguros, que la llegada de los vapores podrá calcularse con tanta precisión como la de un coche postal. En un inmenso vaivén todas las riquezas de India y de China se trasportarán á América, todas las de Europa y de América se trasportarán á China. Ciudades comerciales, grandes puertos de depósito, surgirán á lo largo del canal. China y Japón, tan obstinadamente cerrados, se abrirán en fin á las influencias europeas. Además, la América del Sur á la que faltan masas trabajadoras, recibirán millones de esos Chinos industriuosos que recorren el archipiélago oriental ofreciendo por todas partes sus brazos. Así las relaciones de toda especie se multiplicarán entre América y Asia, y por esta vía la civilización avanzará á la conquista de los países del extremo Oriente.

El artículo parece que hubiera sido inspirado por Miranda y sus amigos; en todo caso, fué reproducido poco después en un folleto que publicó uno de ellos, Antepara. El alegato era habil y brillante, era exactamente el lenguaje que se necesitaba para esa nación de mercaderes y marinos, cuyo mercantilismo tiene á veces alguna grandeza. La causa de la emancipación estaba ganada ante la opinión inglesa. La corveta de la marina real *Saphir* transportó á la Guaira al joven Bolívar, al que se unió en breve Miranda. Las autoridades españolas no

dominaban ya el país, pero existía siempre un partido realista al que se adhería una fracción importante de la aristocracia criolla. Sin embargo, Miranda fué bien acogido; se le nombró miembro del congreso constituyente que estaba tratando de reunir. De acuerdo con Bolívar organizó una sociedad patriótica, cuya influencia arrancó al Congreso vacilante la declaración de independencía del 5 de Julio de 1811, por la cual Venezuela se separó de España. Los realistas protestaron, levantaron las guarniciones de Caracas y de Valencia; la guerra civil comenzó. Miranda, á la cabeza de las fuerzas nacionales, se cansó pronto de las intrigas y la mala voluntad que encontraba por todas partes; depuso el mando; había consentido en volverlo á tomar á principios de 1812, y luchaba sin mucha desventaja contra las tropas españolas reforzadas, cuando sobrevino una catástrofe que dió un golpe terrible á la causa de la revolución.

El 26 de Marzo de 1812, un formidable temblor sacudió toda la parte occidental de Venezuela; perecieron muchos oficiales y soldados venezolanos. Un terror supersticioso apagó el valor; el clero, español de corazón, atribuía el azote á la cólera divina desencadenada contra los rebeldes. En medio de la consternación general, el ejército de Monteverde, que no había sufrido nada, tomaba una vigorosa ofensiva y ocupaba todas las ciudades del centro, arrojando á su paso á los patriotas desmoralizados. Miranda fue investido entonces de una especie de dictadura con el título de generalísimo. Pero todo le faltó á la vez, dinero, armas, hombres; las deserciones se multiplicaban, la indisciplina de las tropas no era igualada sino por la mala voluntad de los oficiales. Gracias á las divisiones de los patriotas, el partido realista ganaba terreno cada día. Miranda ensayó una ley marcial por la que sometía al servicio militar á todos los hombres aptos de quince á cincuenta y cinco años; no fué ejecutada. Envió comisionados á los Estados Unidos, á Londres, á Cartagena, á las Antillas francesas, pero todo se decidió antes que esas tentativas hubieran producido efecto.

El 30 de Junio de 1812, mientras Miranda hacía frente á Monteverde, la guarnición de la ciudadela de Puerto Cabello, sonsacada desde hacía tiempo por los prisioneros políticos encerrados allí, se pronunció por Fernando VII. Bolívar trató en vano de volver á tomar la plaza. Al mismo tiempo los negros de la costa oriental, arrastrados á la insurrección por algunos sacerdotes y algunos llamados patriotas, marcharon sobre Caracas, en donde reinaba la confusión y el espanto. Miranda comprendió que la lucha no era ya posible. Después de una conferencia secreta que tuvo con los miembros del Poder Ejecutivo y otros personajes importantes del partido de la independencia, se decidió que entraría en tratados para obtener una capitulación. Ya se ejecutaba el convenio concluido con Monteverde, Miranda estaba en la Guaira listo á embarcarse en la corveta inglesa *Saphir*, cuando fué detenido por un grupo de oficiales republicanos; partiendo antes que la capitulación fuese ratificada, iba á entregar el país á las venganzas de Monteverde. Advertido este, envió al momento orden de cerrar el puerto, é hizo ocupar á la Guaira. Miranda y los Jefes venezolanos que lo habían prevenido cayeron juntos en manos de los españoles.

Entonces comenzó para el desgraciado general un largo martirio en los calabozos de La Guaira, que un inglés comparaba con el Agujero Negro de Cálcuta; en las prisiones de Puerto Cabello, de donde dirigió á la audiencia de Caracas una elocuente protesta en favor de las víctimas de una ciega reacción; en el castillo del Morro en Puerto Rico; en fin, en la prisión de la Carraca en Cadiz. Era hombre enérgico; y trató de evadirse varias veces: la primera tentativa fracasó por falta de mil doscientos cincuenta francos, que había pedido á un inglés de Gibraltar, el que no solo se negó á darlos, sino que lo denunció. Otros ingleses, los Turnbull, de Gibraltar, los Duncan Shaw, de Cadiz, se mostraron más compasivos: Turnbull envió el dinero, que fué depositado en casa de los Duncan Shaw. El 1.º de Marzo de 1816 escribió el prisionero á los últimos pidiéndoles los fondos y un préstamo suplementario para

preparar su evasión: “Sin lo cual, decía, me considero como perdido sin remedio”; el 25 sintió el primer ataque de apoplejía; el segundo ataque lo mató el 14 de Julio. No tenía sino sesenta y dos años, pero los tormentos físicos y morales que sufrió durante cuatro años de cautividad gastaron su robusta constitución. «No me han permitido, escribe su criado, llamar sacerdotes ni frailes para hacerle celebrar exequias; apenas espiró se lo llevaron como estaba, con su colchón y su sábana para enterrarlo; en seguida vinieron á quemar su ropa y todo lo que le había pertenecido.» ¡Era digno del gobierno de Fernando VII imponer á un enemigo vencido semejante tratamiento!

El destino fué, pues, cruel hasta el fin con Miranda. Después de una vida entera de sacrificios y abnegación, en el momento en que parecía conseguir el objeto tantas veces frustrado, se vió en su propio país víctima de la envidia, del egoismo, de las defecciones, abandonado, entregado por los suyos, con su partido anonadado y su causa perdida; herido en sus esperanzas, engañado en su fe, apuró toda la amargura de las desilusiones. Es grato pensar que á lo menos un eco de las lejanas victorias de Bolívar atravesaran los muros de la triste Carraca; si verdaderamente le fué dado seguir esperando, continuar su sueño desvanecido, el cautiverio debió de serle menos lúgubre, y la muerte más suave.

MAURICE WAHL.

